

El porqué de este libro

La edad exacta no la recuerdo, pero sé que mis dos hijos eran muy jóvenes cuando me preguntaron por primera vez si existía Dios. Es una duda que yo nunca tuve de niño. Crecí en el seno de una familia religiosa. Me educué en un colegio católico. La existencia de Dios era algo que se daba por hecho, sobre lo que no se vacilaba. Por supuesto yo creía en un dios: el de la época y el país en el que nací. No tuve la opción de no creer, de la misma forma que siguen sin tenerla la mayoría de los niños en el mundo. Para mis hijos, sin embargo, sí había una alternativa; que Dios no existiera era una posibilidad. Al oírles hacerme preguntas, al oírles dudar, me pareció que tenían mucha suerte porque nadie fuera a imponerles sus creencias.

A todas sus interrogantes respecto a la existencia o no de Dios, he tratado siempre de contestar de forma honesta, sin endulzar mis respuestas. También he intentado dejarles claro que, aunque mi punto de vista tiene una base racional, al fin y al cabo no es sino eso: un punto de vista; una interpretación; una forma de ver las cosas entre las varias posibles. En todo momento he querido que supieran que la mayoría de la humanidad no opina lo mismo que su padre y que hay miles de millones de personas en el mundo que sí creen en uno o varios dioses.

Mientras estoy escribiendo estas líneas, ellos aún no tienen edad para comprender muchas de las ideas de las que voy a hablar aquí, pero espero que, cuando llegue el momento en que puedan entenderlas, estas páginas les gusten. Incluso, tal vez, lleguen a ayudarles en sus vidas.

Ése fue el origen de este libro. Al principio, quise exponer sobre el papel de forma ordenada, para mí mismo, lo que opinaba sobre los dioses y las religiones con el fin de poder explicárselo mejor a ellos, de poder responder con sentido a sus dudas. Después, conforme los párrafos iban surgiendo, pensé que, en unos años, ellos mismos podrían ojearlos. Finalmente, me di cuenta de que ciertos adolescentes, y también algunos padres, podrían estar interesados en leer lo que yo estaba escribiendo. Me pareció que debía de haber muchos que se estarían encontrando en mi misma situación: la de querer res-

ponder desde una perspectiva agnóstica o atea las preguntas a las que habitualmente se contesta con las respuestas que brindan las religiones.

Las páginas que siguen a continuación son el resultado final de todo ese proceso. Aunque, finalmente, el título del primer capítulo haya sido el que ha dado nombre a todo el libro, éste también podría haberse titulado *El ateísmo contado a mis hijos*. Sin embargo, este libro no pretende ser un «catecismo ateo». En absoluto. Los cristianos educan a sus hijos como cristianos, los musulmanes como musulmanes, los judíos como judíos, los hinduistas como hinduistas... así que, ¿los ateos no tienen derecho a educar a sus hijos como ateos? Pues bien, a pesar de ser yo mismo ateo, creo que la respuesta es no: los ateos no hemos de educar a nuestros hijos en el ateísmo (tampoco es necesario: los niños nacen ateos; son los adultos los que les enseñan a creer en dioses e imprimen en sus cerebros las creencias religiosas que ellos, a su vez, recibieron de sus mayores y que se correspondían con la época y el lugar del mundo en los que les tocó crecer).

Creo que en lo que ha de instruirse a los niños no es en ser ateos, sino en rechazar el dogmatismo y las creencias por imposición. A lo que hay que enseñarles es a pensar libremente y a analizar de forma crítica cualquier supuesto. Estoy completamente de acuerdo con las palabras que escribió, hace más de dos siglos, el ilustrado escocés James Beattie: «El objetivo de la educación debería ser enseñar *cómo pensar* antes que enseñar *qué pensar*». Me parece que, de lo que debemos proteger a nuestros hijos es, en general, de cualquier adoctrinamiento y de cualquier opinión impuesta por otros.

Todo niño debería sentirse libre de aplicar de manera imparcial la capacidad de razonar y el sentido común a cualquier hipótesis, incluida y como cualquier otra —¿por qué no?— la de que existe un dios todopoderoso que diseñó y creó el mundo en el que vivimos y que es capaz de alterar el funcionamiento de las leyes naturales de ese mundo si nosotros se lo pedimos mediante la oración.

El supuesto de que los dioses existen ha sido siempre considerado como un asunto metafísico. «La fe y el intelecto son terrenos separados. La razón no tiene nada que decir cuando de materias de fe se trata», nos dicen, en ocasiones, los pastores de los distintos credos o muchas personas con convicciones religiosas. Es una forma muy antigua de protegerse; un procedimiento sutil para blindarse ante cualquier examen cabal. Según yo lo entiendo, no tenemos que sentirnos obligados a aceptar ese escudo invisible. La educación que quiero que mis hijos reciban no ha de imponerles ninguna traba a que puedan servirse de su discernimiento para examinar cualquier cuestión. Incluida la de si existen o no los dioses.

Además, mi opinión es que los niños pueden aprender a pensar sin restricciones, libremente, sin que las personas que sostienen creencias en dioses y en otras vidas tengan por qué sentirse atacadas por ello.

Si, después de haber recibido ese tipo de educación, mis hijos, conforme vayan creciendo, experimentan la necesidad de tener algún tipo de creencia religiosa, podrán hacerlo utilizando su libertad. Y yo, como padre, me sentiré tranquilo de no haber determinado sus creencias por las mías.

Me gusta que mis hijos escuchen a personas religiosas, con convencimientos diferentes de los que yo tengo para que, como escribió Montaigne, «frotan y limen sus cerebros contra los de otros». El hecho de que, en su misma clase, haya otros niños que estén recibiendo enseñanzas religiosas me parece provechoso para ellos: es una buena manera de que se expongan directamente a otras formas de ver el mundo. Para lo bueno y para lo malo, muchas de las personas con las que mis hijos tendrán que convivir a lo largo de sus vidas estarán viviendo las suyas desde una perspectiva teísta. No sería bueno para ellos que no hubieran tenido contacto desde niños con las creencias de otras gentes. No entenderían que buena parte de las cosas que suceden en el mundo, o de las motivaciones que mueven a las personas a tal acción o a tal otra, sólo pueden llegar a comprenderse si se tienen en cuenta los fenómenos religiosos.

Creo que la intolerancia se cura viajando; que el fanatismo en las opiniones propias se cura viajando por las opiniones de los demás. En matemáticas, en geología, en química, en literatura... podrán encontrar conocimiento, saber, certeza. En cuestión de dioses, sólo opiniones.

Aquí van las mías.

PARTE I

SOBRE DIOSES

I

¿Dónde está Dios, papá?

En la imaginación de las personas. En sus deseos.

Ah, entonces ¿no existe?

Mirad... La mayoría de la gente en el mundo **cree** que sí que existe un dios muy poderoso que creó el sol, las estrellas y todos los planetas. También la Tierra, con todo lo que hay en ella: mares, montañas, ríos, árboles, plantas, animales, seres humanos...

Yo **pienso** que lo que pasa es todo lo contrario. No es que un dios haya creado el mundo y a la humanidad. Hemos sido nosotros, los seres humanos, los que, con nuestra imaginación, hemos creado, hemos inventado, a todos los dioses de la historia porque deseábamos que existieran.

Estoy resaltando en letra negrita los verbos pensar y creer para subrayar hasta qué punto las considero cosas diferentes. En muchas ocasiones, **pensar**, reflexionar sobre algo, no nos lleva a saber con certeza y a estar seguros, sino a seguir dudando.

Sin embargo, **creer** fervientemente, tener fe, sí que resuelve las dudas. Y, además, es más cómodo. Es la fe la que mueve montañas; la duda sólo las forma. Ahora bien, por muy apasionadamente que se crea en algo, ello no significa necesariamente que lo creído sea cierto. Más bien al contrario: cualquier certeza nace de haber dudado antes. «La razón sin fe está vacía», decía santo Tomás de Aquino. «La fe sin razón está ciega», le podríamos objetar. Porque en realidad la fe no da respuestas, sólo detiene las preguntas.

Las personas con convicciones religiosas **creen** que un dios creó al hombre a su imagen y semejanza de la nada, siguiendo un plan divino.

Yo **pienso** que sucedió al revés: fuimos los seres humanos los que imaginamos un dios todopoderoso, idealizado, al que dotamos de todas las cualidades que nos gustaría que tuviera y que a nosotros nos gustaría tener (pero es un dios en el que, al mismo tiempo, se pueden entrever con claridad muchos rasgos psicológicos negativos propios de sus inventores, como veremos enseguida).

Así, en ese proceso de idealización, dado que los seres humanos nos sentimos tan impotentes ante las fuerzas de la naturaleza, a Dios lo imaginamos todopoderoso, porque es como nos gustaría que fuera. Como a nosotros nos cuesta esfuerzo perdonar, Dios tiene que ser infinitamente misericordioso. Ya que nosotros nos vemos tan limitados por nuestro cuerpo, a Dios nos lo figuramos como espíritu puro. Como nosotros somos mortales, Dios ha de ser eterno. Nosotros cometemos malas acciones, Dios es santo. Nosotros nos equivocamos, Dios es sabio; más aún: infalible. Nosotros pequeños, Dios infinito, sin límites. Nosotros imperfectos, Dios perfecto.

Pero, inevitablemente, el personaje también va adquiriendo los rasgos propios de sus creadores. Montesquieu, en sus *Cartas persas*, ya escribió que «si los triángulos crearan un dios, sin duda le darían tres lados». Y Spinoza, cincuenta años antes, había usado la misma imagen: «Si un triángulo pudiera hablar, posiblemente terminaría por decir que su dios es eminentemente triangular; y, un círculo, que la naturaleza de Dios es claramente circular». Lo que adoramos cuando adoramos a dioses es a nosotros mismos, aunque sea a través de una imagen embellecida.

De esa forma, al mismo tiempo que le idealizan, los creyentes de todas las religiones van instilando en la imagen que se hacen de su dios un temperamento poco ideal, inequívocamente humano. Se le acaba atribuyendo características y reacciones propias de nuestra forma de ser, no de una divinidad. Es lo que se denomina antropomorfismo: dioses con forma humana. Por ejemplo, por un lado se describe a Dios como infinitamente misericordioso pero, a la vez, capaz de castigar con las penas de un infierno eterno por un sinnúmero de motivos diferentes. Una condena tan definitiva y despiadada sería propia más bien de un ser vengativo y cruel —rasgos ambos muy humanos—, no de alguien a quien, en la imagen idealizada que se tiene de él, se le describe como ejemplo de compasión, de bondad y de amor hacia todos los hombres.

Los creyentes de muchas religiones explican a sus hijos que Dios es infinitamente bueno pero, al mismo tiempo, les enseñan que castiga con el fuego eterno a todo aquel que no crea en su existencia. Esa vanidad, ese desear que todo el mundo afirme su existencia y le venera, común a la mayoría de los dioses, es también muy propia de la naturaleza humana. Si existiese un dios,

me gustaría que no fuese tan vanidoso y hambriento de devoción como somos los humanos. Nietzsche decía: «No puedo creer en un dios que quiere ser adorado constantemente».

Como explica muy acertadamente André Comte-Sponville en su libro *El alma del ateísmo*, en lo que se refiere a cómo nos imaginamos los seres humanos a los dioses es muy difícil escapar de la polarización entre lo desconocido (algunas religiones no pueden concebir cómo es su dios y hablan de él como un ente indescifrable, incomprensible, inescrutable, impronunciable, incognoscible, inexplicable, inmaterial...) y lo antropomórfico (otras personas visualizan un dios demasiado comprensible y con demasiados rasgos humanos como para poder ser considerado divino).

Más cerca del primer extremo, el de los dioses inmateriales e indescifrables, podríamos poner como modelo al dios de la religión judía, al de la musulmana o al de la cristiana. Balzac escribió: «Creo en la incomprensibilidad de Dios». En los evangelios cristianos puede leerse: «Dios es espíritu y en espíritu se le debe adorar». O tal como lo expresó algún místico fervoroso, cuyo nombre no ha pasado a la historia: «La naturaleza de Dios es un círculo cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia no puede verse en ningún lugar».

Por el contrario, cualquiera de los dioses de la Antigüedad grecorromana o de las mitologías nórdicas sería un buen ejemplo de aquellos que presentan un carácter y unos atributos completamente humanos. A los dioses griegos, romanos y nórdicos les ocurría como a la mayoría de los hombres y mujeres de éxito: eran vanidosos y deseaban airear sus hazañas. Sin duda, de haber existido, habrían escrito su autobiografía.

En palabras del genetista Albert Jacquard: «Las religiones están marcadas por numerosos rasgos de infantilismo y de antropomorfismo. En nuestra incapacidad de concebir a Dios, nos refugiamos en representaciones caricaturescas y le revestimos de atributos humanos, por ejemplo, imaginándolo como un padre».

Por otra parte, dado que le conceden rasgos humanos, los fieles de todos los credos terminan por comportarse con su dios como lo harían con un ser humano poderoso: como a los hombres nos gusta mucho recibir regalos, a Dios —a todos los dioses de la historia— se le hacen ofrendas de alimentos, velas, flores... y sacrificios de animales e, incluso, de humanos. También se le piden favores y, a cambio, se llevan a cabo actos que suponemos que serán de su agrado: oraciones en las que se le alaba, promesas de renunciaciones, juramentos de buenas acciones...

En la imagen idealizada que las personas religiosas tienen de sus dioses les

suponen perfectos pero, al mismo tiempo, hemos visto que les asignan comportamientos feroces, resentidos, iracundos, vanidosos... Todos ellos son rasgos demasiado humanos, demasiado alejados de la perfección, como para no hacernos reflexionar sobre el linaje de los dioses. Sería comprensible que los círculos crearan dioses circulares: no es insólito que dioses creados por los hombres tengan atributos humanos.

Es natural que los productos de unos seres terrenales tengan un carácter tan poco celestial.